Núm. 92. Jueves 17 de Abril de 1851. 6 cuartos.

DIARIO DE MURCIA.

PERIODICO DE TODO,

MENOS POLITICA Y RELIGION.

JUEVES SANTO.

Hoy celebra el mundo cristiano uno de los sagrados misterios de nuestra religion santa. La historia de la muerte de nuestro redentor, he aquí el obgeto á que se dedica el culto público en este dia de recogimiento y contemplacion.

Hay momentos tan sublimes en la vida de los pueblos, en los que, como dice un célebre escritor del siglo, una misma idea, un mismo pensamiento entusiasma y conmueve á un mismo tiempo al corazon de sus masas, como agita y conmueve el vendabal las flecsibles ramas de los abetos de una dilatada campiña.

Estos momentos no son muy frecuentes, pero cuando se reproducen, es grande, magnífico, continúa el mismo escritor, ver á tantos hombres esclavos de diferentes pasiones unirse, amalgamarse cual uno solo á impulso de una fuerza superior, á impulso de un móvil impetuoso que las domina.

Ese gran pensamiento, ese móvil, esa fuerza dominante es, la pura y voluntaria adhesion del alma hácia un obgeto; es, la fé.

La ecsaltacion de la fé en las creencias políticas y religiosas, da lugar á esos momentos sublimes, á esos instantes que, como dice Lamartine, una sola alma anima cien mil cuerpos, un solo ginete domina á la vez cien sobervios alazanes.

La fé política, suele arrastrar tras sí, cual la precipitada corriente de un anchuroso rio, á las turbas amotinadas de un pueblo en fermentacion; conducirlas al combate, á la muerte y perecer víctimas de ella con el ciego desinterés de un fanático.

Descorramos el velo que encubre lo *pasado*; leamos en el sagrado libro de la historia, y veremos innumerables ejemplos de la fé política. Si nos remontamos á los primitivos años; veremos á Troya defenderse heróicamente del tenaz asedio del los príncipes de la Grecia: á Roma, mas tarde, luchar con el mundo, vencerle y dictarle leyes. Si descendemos á épocas mas cercanas, veremos la Francia, en el 93, alzarse cual un solo hombre é intimidar á la Europa: á Polonia luchar con los colosos del Norte: los Helenos, contrarrestar el poder del islamismo; y España, en fin, doblegar el orgullo del *soldado del siglo*.

Todos estos y muchos otros ejemplos pudiéramos citar de la fé política; pero, si estos son sublimes, descendamos á los de fé religiosa; abramos con horror la historia de Roma, leamos las sangrientas páginas de los reinados de Vitelio, Neron, Calígula, Domiciano, Cómodo, Maximino, Juliano el *apóstata* &c. &c. y veremos morir á cien mil personas, no ya en el campo de batalla entre el tumulto de las armas, allí donde se muere, pero se mata, no, sino entre mil atroces tormentos, en el cadalso, ó lo que es mas, entre las llamas con el mismo desinterés, con una resignacion verdaderamente evangélica. Veamos, en fin, los mártires de todos los tiempos y de todas las edades, y en ellos descubriremos de cuanto es capaz la fé, cualquiera que sea el obgeto que la inspire.

Volvamos la vista; presenciemos al pueblo cristiano en este venerable dia, contemplemos, sin ir mas lejos, á los habitantes de esta ciudad reunidos en el templo, todos, sin diferencia de clases ni edades, y veremos uno de esos espectáculos que acabamos de citar, de un pueblo en masa dominado por una misma fuerza, por la fé.

Presa de sus pasiones, agitado por esa vida social tan animada, ocupado incesantemente en sus quehaceres, en el largo periodo de un año, olvidó quizá sus deberes religiosos; pero vedle hoy acudir sumiso y contrito al santuario de la divinidad á contemplar ansioso una viva representacion de la muerte del hijo de Maria.

La muerte del Nazareno, sí, del hijo de Dios, de el Mesias profetizado: aquel que siendo una emanacion de la divinidad, vino al mundo á derramar su sangre para redimirnos del pecado. Aquel que vino á enseñarnos la humildad, sirviéndonos de egemplo al dejarse conducir ante los tribunales de los príncipes de los sacerdotes, donde fué insultado, escupido y bofeteado. Aquel que vino á instruirnos en la resignacion y la paciencia, al cargarse aquella pesada cruz en sus hombros, llevado cual criminal entre las turbas de un populacho soez y bárbaro, que le maltrataba, le azotaba con todos los instrumentos que les inspiraba la crueldad. Aquel que vino á enseñarnos como debe morir un verdadero creyente, dejándose crucificar y lanzear sin ecsalar un quejido. Aquel, en fin, que dijo: *yo soy el Dios de humildad y misericordia: escuchadme bien: yo soy el Dios del pobre.*

Aquel que vino á iniciarnos en los santos preceptos de la moral religiosa, consignada en el evangelio: aquella moral tan dulce, tan sublime, que se filtra en el corazon con la misma suavidad que los gratos aromas de las flores se impregnan en los sentidos. Esa moral cuya perfeccion y divinidad nadie osará poner en duda; porque está cimentada sobre un pensamiento grande como su autor, un pensamiento que en sí encierra la piedra fundamental de las sociedades: aquel pensamiento, en fin, revelado á los hombres por Moises, de boca del mismo Dios, en el *Monte Sinaí*, y consignado en las tablas de la ley: *ama á tu prógimo como á ti mismo.*

¡Qué solemne espectáculo! ¡qué transicion tan sublime! El luto se muestra por doquiera: ni aun la fúnebre campana altera un momento, con su pausada monotonia, el imponente silencio de ese pueblo que va y viene cabizbajo, demostrando en su semblante el dolor profundo que le anima, el pesar que esperimenta de haber ofendido á Dios, *cuyos martirios*, como él mismo dice en estas palabras: *renovais con mas violencia cuando infringis los venerables preceptos de mi padre y vuestro Dios.*

Ved pues á ese pueblo lleno de fé correr al templo, allí donde ricos y pobres, nobles y plebeyos y todas cuantas distinciones se han introducido en la gran familia del género humano, debidas á frívolas preocupaciones del mundo, desaparecen, se olvidan para dar cabida á un sentimiento comun, eminentemente religioso: *la adoracion.*

¿Quién no siente en su alma un movimiento de esquisita sensibilidad tan poco comun en las demas épocas de la vida, un sentimiento lleno de encanto y poesia, al presenciar el aspecto de un templo enlutado, al pie de cuyo altar se ve al hijo del Eterno envuelto en el sudario de la muerte? Al escuchar los acordes acentos, las suaves vibraciones de dulces instrumentos, la voz tan pausada y profunda de los ministros del altar, cuando entonan los salmos del rey de Judá: quién no siente agitarse en su alma un sentimiento de respeto y veneracion. ¿Quién no esperimenta un movimiento de dulce melancolia al escuchar las sentidas antiphonas y los melodiosos trinos del profeta Jeremias? ¿Quién no siente desgarrársele el corazon cuando escucha de boca del sacerdote, órgano del mismo Dios, la narracion de la muerte del *Nazareno*? ¿Á quién no escita en su alma un arrepentimiento indefinible, una adhesion